

LA NOCHE BOCA ABAJO

Toco tu boca y me pregunto en la actitud de repetir el mismo gesto de seducción en donde una boca de mujer es tocada por el dedo de un hombre que no es precisamente un personaje de Rayuela, sino un hombre al borde de una ilusión que se abre como tu boca tocada por mi dedo en el silencio de un cuarto con olor a barato desodorante floral y paredes empapeladas con un vinílico de finas líneas que se cruzan ante mis ojos desorbitados e incrédulos.

Toco tu boca, y siento que la tarde se extingue entre las luces de la avenida que nos trajo desde el puente Pacífico hasta la entrada circular de automóviles con vidrios polarizados, secretos, distantes, cual suma de parejas sin el menor atisbo de hacerse conocer por nadie, olvidados del mundo exterior y cercanos, exactamente cercanos a los momentos de insondable pasión o al simple acto de rencor disfrazado entre sábanas de una cama deshecha por los suspiros o las lágrimas de algún desencanto.

Toco tu boca, y me pregunto por tu pasado injustificable junto al hombre que pretendías amar en tanto pagaba tus caprichos y tus desplantes tan hartos de soberbia, tan escrupulosamente calculados por tu mente fría, tu razonamiento de hielo, capaz de jugar con los más caros sentimientos hasta abandonar en la desolación a cualquier alma en pena, socavando su estima, destruyendo los invisibles lazos de afecto, la mano que aprieta a otra mano en señal de amistad, el abrazo, la calidez, el bien compartido.

Toco tu boca, y no descanso en encontrarle la vuelta a esta relación imposible que nos consume sin darnos tregua, obligándonos a fingir descaradamente una vez por semana entre cuatro paredes apenas entibiadas por un relámpago de besos, entre burdos y accidentados espasmos, tan propios de un placer desgastado y cruel por lo equívoco y rutinario, absurdo y sin destino como la vida en esta habitación en penumbras, la cama con tu cuerpo y el espejo mudo dibujado una sombra.

Toco tu boca, y entonces mis manos recorren el tiempo sin prisa y sin pausa como adivinando los pliegues, ascendiendo en las piernas, rodeando la cintura, afirmando una rodilla en la espalda, quebrando el silencio, haciendo imposible toda resistencia, todo intento de volver al pasado, toda queja, toda ridícula orden emanada de tu boca que muerde mi dedo, interrumpe mi pensamiento hace alarde de no entender que todo cambió, que soy otro, un hombre que retorna del desprecio del agravio y la oscuridad.

Toco tu boca, y el timbre del conserje me avisa que se cumplió el turno acostumbrado, mientras con un dedo de la mano derecha me acomodo primero uno y luego el otro de los lentes de contacto que movió de lugar tu torpeza, la de siempre, la que nunca tuvo continencia, la que soporté estoicamente desde que descubrí tu doble o triple vida hasta esta noche de celos y delirios en que no tuve más remedio que cerrar mis oídos a tus últimos reproches y abandonar finalmente, tu cuerpo boca abajo.

David Antonio Sorbille

De su libro “*Los lugares comunes y otros relatos*” del año 2010